

Una lustrosa manzana podrida

Siciliano como Pirandello, a quien ha dedicado más de un penetrante ensayo, siciliano también como Vittorini, que fue por cierto su descubridor, Leonardo Sciascia (Racalmuto, 1921) es uno de esos contados narradores a quienes parece sentar bien el celuloide. Su novela "A ciascuno il suo" fue oportunamente trasladada a la pantalla por Elio Petri con idéntico título. También "Il giorno della civetta" se convirtió en film por obra y gracia de Damiani. Francesco Rosi presentó, a su vez, en el último Festival de Cannes, "Cadaveri Eccellenti", basada en "Il contesto", también de Sciascia. Y Petri ha vuelto a utilizar un relato suyo, el titulado "Todo modo", para su más reciente película, que ha provocado un extraordinario escándalo entre los democristianos.

"Todo modo" es también, creemos, el primer relato de Sciascia que se traduce al castellano (1). El título, que hace referencia a una conocida frase de San Ignacio: "Todo modo, todo modo, todo modo —repite machaconamente el santo de Loyola—, para buscar y hallar la voluntad divina", tiene su justificación en unos singulares ejercicios espirituales que, celebrados en un hotel-ermita apartado del mundo, constituyen el telón de fondo del relato.

A ese extraño establecimiento, regido por un sacerdote igualmente enigmático llamado Don Gaetano, llega un día por azar un pintor —personaje cuarentón, de volteriano espíritu y sin ningún tipo de preocupaciones materiales—, quien, mordido por la curiosidad, pedirá permiso para quedarse allí unos días como observador.

El pintor —que es al propio tiempo el yo narrador del relato— se llevará una primera sorpresa al descubrir cómo aquel discreto lugar es utilizado impunemente por algunos ejercitantes —entre los que figuran políticos, hombres de la Banca y las finanzas e incluso algún purpurado— para sus citas clandestinas con sus amantes.

Mas el inicial asombro se convertirá en absoluta estupefacción cuando en el seno mismo de ese grupo de personajes por encima de toda sospecha, reunidos especialmente para tan devota



Leonardo Sciascia.

práctica, comience a producirse una serie de crímenes en apariencia inexplicables.

Interrogados por la Justicia, a la que la dirección del hotel convoca nada más cometerse el primer asesinato, los "onorevoli" se refugiarán detrás de una muralla de silencio, que es sin duda al propio tiempo una trabada cadena de complicidades.

Nadie piense, sin embargo, a la vista de lo expuesto, que estamos ante el clásico thriller de difícil o imposible solución. La intriga policiaca no es, efectivamente, más que un pretexto del que se vale Sciascia, como ya había hecho en otras ocasiones, para, sin dejar de entretener al lector —función para él, sin duda, primordial—, llevar a cabo al propio tiempo una crítica implacable de lo que todos esos personajes representan dentro de unas estructuras de poder que son las de la Italia democristiana.

Más allá de la simple anécdota que le sirve de soporte e incluso de la chispeante erudición que se trasluce en los diálogos entre Don Gaetano y su fortuito visitante, "Todo modo" constituye una inequívoca denuncia de la corrupción de las instituciones y la hipocresía de los personajes que las representan, a la vez que una sutil diatriba contra la connivencia entre el poder clerical y el político. Compadraje que ha quedado patente en las últimas elecciones italianas con la escandalosa intervención del Vaticano en defensa de un partido que en ningún momento ha demostrado estar a la altura de los valores morales que dice personificar.

Símbolo de esa Iglesia ávida de poder es el personaje, involuclable, de Don Gaetano. En un momento de ese fascinante jue-

go dialéctico entre el pintor y el sacerdote, que constituye el espinazo del relato, lanzará ése una frase que es sin duda, dentro de su cinismo, la que mejor le caracteriza: "Dios existe, luego todo nos está permitido". Por ejemplo, manejar a los hombres como marionetas, como él mismo hace.

¿Hay alguien capaz de sugerir tanto en tan pocas y tan transparentes páginas? Sinceramente, creemos que no. ■ JOAQUIN RABAGO.

"Elegías muertas de hambre"

Es sorprendente y aleccionadora la constante y renovada actividad literaria de Pedro García Cabrera (Vallehermoso, Gomera, 1905), uno de los poetas insulares de trayectoria más coherente, definida y unitaria. A sus setenta y un años, García Cabrera desarrolla una dinámica poética y una insólita y animosa entrega a la actividad literaria que no deben silenciarse. Desde sus comienzos, participando en las más arriesgadas aventuras literarias de los años treinta (formó parte del grupo fundador de Gaceta de Arte), y tras una difícil y dolorosa etapa vital, su madurez literaria y su entereza humana se han ido afirmando en una nada común (y desde luego encomiable) honestidad que le ha hecho prescindir de toda alusión a esos acontecimientos circunstanciales para hacer valer los que, de verdad, pueden considerarse

sus poderes: la palabra, la escritura poética.

García Cabrera ha evolucionado desde una etapa imaginista inicial a una poesía que muchos han considerado intimista, pero que a mí se me antoja reveladora del mundo inmediato; una poesía de las pequeñas cosas, de los hechos menudos y cotidianos de su existencia insular, pero que no por ello ha sido una poesía simplista, todo lo contrario. Aquella sabiduría de la imagen, visible en *Transparencias fugadas* (1), no significó una moda pasajera o coyuntural que el poeta utilizara, sino que fue una etapa de apropiación y conocimiento que ahora, en sus últimos libros, ha influido yo creo que positivamente, y ha permitido esta revelación de lo cotidiano. García Cabrera acaba de publicar un nuevo libro, *Elegías muertas de hambre* (2), libro que, además, viene condicionado en su temática (impuesta a priori): el hambre en el mundo. Y hasta se considera un homenaje a la UNICEF. Estas limitaciones, sin embargo, evidencian, de un modo más claro si cabe, la ductilidad poética de Pedro García Cabrera y su madura sabiduría de escritor. Las *Elegías...* pueden suponer una prueba que él mismo se ha impuesto. Un reto perfectamente válido. El tema, que ha sufrido un tratamiento publicitario que traspasa en muchas ocasiones los límites del respeto humano, se prestaba fácil y peligrosamente a la demagogia del lamento o al falso

(1) Se publicó en 1934, pero hay segunda edición en *Inventarios provisionales*, Las Palmas, 1971.
(2) Col. Adonais. Madrid, 1975.



(1) Ed. Noguer. Traducción: Vicente Riera Llorca.